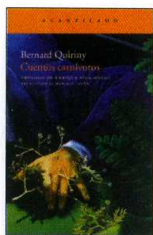


LIBROS

Coordina JUAN CERVERA

BERNARD QUIRINY
"Cuentos carnívoros"

ACANTILADO

La literatura –la cultura en general– es como el sexo: siempre igual, siempre diferente. Cuando uno piensa que ya lo ha visto, leído o escuchado todo aparece alguna cosa que te hace sentir como un niño con zapatos nuevos, como un descubridor de algo jamás avistado por humano o animal. Es la sensación que se tiene al meterse en los pliegues de las páginas de "Cuentos carnívoros", un deslumbramiento magnético que parece borrar de un plumazo todas las lecturas acumuladas con los años y sentir otra vez el placer blanco de lo inédito. Quiriny es belga, de la quinta de 1978, y debutó en 2005 con el libro de relatos "L'angoisse de la première phrase", de momento inédito en castellano. Los "Cuentos carnívoros" tienen fecha de 2008 y son su presentación en la lengua de Cervantes. Llega con las mejores credenciales posibles: una magnífica traducción

de Marcelo Cohen y un prólogo del mismísimo Enrique Vila-Matas, reconocido fan fatal de las historias del belga. Lo de Vila-Matas no es, claro, normal, y más que una presentación al uso entrega una especie de introducción-relato que podría estar en cualquier antología de sus textos breves.

Abrimos el cofre Quiriny y nos recibe "Sanguina", rememoración educada y melancólica de una fugaz aventura amorosa: un hombre recuerda su noche con una mujer-naranja a la que acaba mordiendo y exprimiendo hasta la muerte para disfrutar de su amor. Vampiros y frutería en un cuento de apariencia naturalista que nos lleva de la mano de lo imprevisible haciendo surf sobre las olas de lo increíble. Tras este impactante recibimiento, la sorpresa no decae: "Cuentos carnívoros" es una catarata arrolladora que cose sin descanso ese vacío que separa lo cotidiano de lo fantástico y que en su impetu remodela géneros literarios y autores sagrados –vayamos al tópico: Poe, Kafka, Borges, Cortázar– para crear un mundo de absorbente pesadilla que bebe de las copas de la ironía, lo grotesco y lo maravilloso.

Quiriny ensambra en escasas páginas mundos que se abren a otros mundos en un vertiginoso juego de muñecas rusas que no para de preparar sorpresas y mostrar, como si nada, los ángulos de lo insólito en

WELLS TOWER
"Todo arrasado, todo quemado"

SEIX BARRAL

Aunque no son pocos quienes deciden abrazar la tradición del realismo sucio americano, raramente aparecen ya voces capaces de hacerlo con personalidad. Sucede lo mismo en el cine indie estadounidense de hoy en día, cuyos dramas de vida residencial parecen

un torbellino que derriba resistencias y frente al que no queda más remedio que rendirse con profunda admiración. Pasen, lean y vean a los adoradores de la poesía de las mareas negras, a obispos muertos con cuerpos de recambio, a hombres-sónar que detectan conversaciones ajenas. Rebusquen en las minibiografías de escritores raros, rarísimos. O hagan antropología y visiten a los yapus y disuélvanse en la gramática de la lengua de la confusión. O releen esas divinas y tronchantes "Crónicas musicales de Eu-

rope y otros lugares" y después husmeen (con precaución) en las anotaciones de los recuerdos de un asesino a sueldo...

seguir a menudo un mismo patrón sin excesivo afán –o, simplemente, posibilidad– de trascenderlo de alguna manera. Wells Tower (Vancouver, 1973) es esa extraña nueva voz que viene a arrojar luz sobre la implacable América fracasada con colores y tácticas absolutamente personales. En su primer libro de cuentos, "Todo arrasado, todo quemado", bestiario de perdedores y glosario de relaciones infructuosas –entre padres e hijos, padrastros e hijastros, hermanos–, prolonga la conocida tradición con características propias: una tonalidad luminosa, pese a lo oscuro y deprimente de sus historias; una vibrante imaginaria poética –como cuando compara los afloramientos de granito rosa con carne picada–; o una sintaxis plenamente musical en la que resulta fácil mecerse, perderse y dejar pasar las horas.

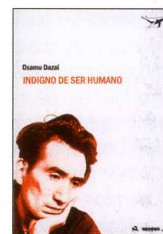
"Todo arrasado, todo quemado"

se devora sin descanso como el thriller más adictivo no porque sus historias desemboquen en finales sorprendentes –los suyos son finales abiertos a la interpretación, a menudo previa decepción monumental de sus antihéroes–, sino, sencillamente, porque leerlo es todo un placer. Del revelador "La costa marrón" al sorprendente relato titular –con esos vikingos de la Edad Oscura hablando con expresiones del Medio Oeste–, pasando por el tristemente divertido "Ejecutores de energías importantes" y su imposible triángulo central, esta colección se presenta como uno de los eventos literarios del año, una serie de catastróficas desdichas explicadas con la sabiduría de John Cheever, la vida de Lorrie Moore y la osadía de Miranda July. Aunque sacar ahora mil referencias sería hacer flaco favor a un autor así de personal. Lo mejor, lo dicho, es leerlo. Es un hit.

JUAN MANUEL FREIRE

ropa y otros lugares" y después husmeen (con precaución) en las anotaciones de los recuerdos de un asesino a sueldo...

"Cuentos carnívoros" no se lee: se devora. Es una magistral condensación del poder de la literatura para activar la imaginación y volver a enfrentarse al mundo con los ojos limpios y el corazón incontaminado. Queremos más: es lo que tienen las drogas. Las buenas, las de verdad. JUAN CERVERA

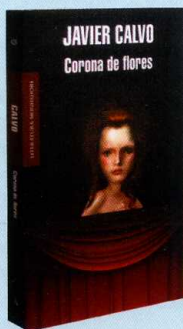
OSAMU DAZAI
"Indigno de ser humano"

SAJALIN

Le faltaba poco para cumplir los 40 años y al cuarto intento lo logró arrojándose con su amante a un canal del río Tama: el japonés Osamu Dazai (1909-1948) se quitó la vida poco después de la publicación de este "Indigno de ser humano" y finiquitó con un acto coherente y repetidamente buscado su permanente asco por el mundo y las relaciones con sus semejantes. Jamás –desde una infancia no precisamente idílica– entendió a él –o esta no lo comprendió a él– y su mirada hacia eso que llamamos humanidad siempre estuvo teñida de repugnancia y horror. Dazai no podía

soportar la hipocresía y los "contratos sociales" sobre los que se sustenta la civilización y para paliar el dolor por la obligación de vivir se sumió en una pócima de drogas, alcohol, manicomios y complicadas relaciones amorosas para hacer más llevadera su "perpetua huida de la sociedad humana". Morfinómano y comunista (cuando ser "rojo" era un verdadero acto de desacato a la sociedad), deambuló por los tugurios de Tokio consumiéndose en su hoguera existencialista y firmó con este libro –ya aparecido en castellano en los primeros años sesenta en una edición inencontrable de Seix Barral– una arrebataadora bofetada nihilista que todavía resuena por su brutal sinceridad y su palpitable dolor. Un ejemplo al azar: "Existe la palabra 'marginados', que denota a los infelices, a los fracasados y a los descañados en la sociedad humana; pero yo creo que lo soy desde el momento en que nací. Por eso, cuando me cruzo con alguien calificado de 'marginado', de inmediato siento afecto por él".

Estructurado como una autobiografía en forma de anotaciones de dietario, "Indigno de ser humano" escuete y araña, habla claro, alto y fuerte, escupe amargura y aprieta los dientes con resignación. Recurre a la transgresión como anestesia que enmascara los grandes interrogantes nunca resueltos de la vida. Un clásico moderno que elude como pocos el polvo de los años y la artrosis academicista. Y si se quedan con ganas de más, recurran a "El ocaso" (1947), su otra gran obra, disponible en castellano vía la editorial vasca Txalaparta. JUAN CERVERA

JAVIER CALVO
"Corona de flores"

MONDADORI

Les presento a Semproni de Paula y Menelaus Roca, dos personajes que aprenderán a amar aunque su primera reacción sea la de atizarles con algo muy grande y pesado en la cabeza. El primero es un sádico y psicópata inspector del Cuerpo de Vigilancia de la Barcelona de la Restauración Bor-

bónica. El segundo, un diabólico anatomista medio deforme al que De Paula pondrá tras la pista de unos extraños y atroces crímenes. Bonita pareja, ¿verdad? Pues sobre ella recae todo el peso de "Corona de flores", la espeluznante nueva novela con la que Javier Calvo (Barcelona, 1973) escala la tapia de la Generación Nocilla y, lejos de listillos y posmodernos, se saca de la chistera una monstruosa recreación histórica que es al mismo tiempo thriller gótico, parodia del folletín decimonónico y sangriento inventario de torturas y asesinatos.

Estamos en Barcelona, corre el año 1887 y la ciudad mediterránea tiembla bajo la gruesa capa de contaminación que escupen las fábricas. "Corren los mejores tiempos, corren los peores tiempos, es la era de la sabiduría, es la era de la estupidez", escribe Calvo en las primeras páginas de una novela que se aprovecha de las tensiones en-

tre ciencia y religión para enfrentar personajes, reflexionar sobre el progreso y destilar humor negro entre cuerpos eviscerados, cabezas degolladas y cadáveres embalsamados.

Lejos de los incontables afluentes de la anterior "Mundo maravilloso" (Mondadori, 2007), Calvo da un salto de gigante conectando a Charles Dickens con Jack El Destripador y, pese a un final algo enrevesado, firma la que desde ya es la antinovela de Barcelona; una obra que, lejos de idealizar y embellecer la ciudad, la muestra con toda su miseria y sordidez. Para rematar la jugada y acabar de enmarcar tan tétrico reverso de "La sombra del viento", Calvo da vida a una jugosa colección de secundarios en la que destacan el novelista Aniol Almarrosa, el travestido rey de los bajos fondos Max Téller y unos inquietantes y enigmáticos niños. DAVID MORÁN